

Mas el beato Agapito⁴, que á la altura
del gran palio subió, la fe sincera
me devolvió con su palabra pura.

Créle; y lo que entonces me dijera,
hoy claro veo, cual tú ves sin nube,
entre opiniones dos la verdadera.

Desde que ya de la Iglesia al paso anduve,
plugo á Dios inspirarme voluntario
la gran obra⁵ á que ya sólo me atuve.

Y mis armas guió mi Belisario⁶,
á quien tanto el favor del cielo agranda,
que mostró mi reposo necesario⁷.

Cumplida queda tu primer demanda:
mas algo que con ella se eslabone,
el dado asunto proseguir me manda:

para que veas la razón que abone
á quien va contra el signo consagrado⁸,
bien cuando se lo apropia ó se le opone⁹.

Mira cuántas hazañas le han colmado
de respeto y honor desde el momento
que Palante murió por darle estado¹⁰.

Y bien sabes que en Alba un triple ciento
reposó, y aun más años¹¹, hasta el día
que tres con tres lidiaron por su asiento¹².

Y bajo siete reyes¹³ su porfía,
desde el femíneo robo hasta Lucrecia,
¡cuántos pueblos domó que en torno había!

Sabes cuánto su gloria el mundo precia,
llevado contra Pirro¹⁴ y contra Breno,
contra Egipto y Germania, y Galia y Grecia.

Por él Torcuato y Quinto¹⁵, al que no ameno
cabello nombre dió, brillan vivaces,
y Decio y Fabio¹⁶ el mundo tienen lleno.

Él aterró el orgullo de las haces
que en pos de Aníbal rápidas pasaron
la alpestre cima, ¡oh Pol! de donde naces.

A su sombra bien jóvenes triunfaron
Escipión y Pompeyo; y las colinas
do tú naciste, ante él mudas temblaron¹⁷.

Después, ya cabe el tiempo en que divinas
voluntades al mundo hacen sereno¹⁸,
danlo á César las órdenes latinas.

Y lo que él desde el Var hizo hasta el Reno,
lo vieron el Iser, el Era, el Sena,
y los valles que al Ródano hacen lleno.

Lo que hizo luego que dejó á Ravena,
y pasó el Rubicón, ya en noble estilo,
ya en alto verso cual milagro suena.

Llevó al ibero de la espada al filo:
corrió á Durazo; y en Farsalia herida
hizo cuyo dolor llegó hasta el Nilo¹⁹.

Los sitios volvió á ver donde la vida
Héctor perdió: vió Antandro y Simoënte,
y triste á Tolomeo fué su ida²⁰.

Y de allí volvió á Juba rayo ardiente;
y al oír los clarines pompeyanos
que sonaban allá, volvió á Occidente.

Por lo que hizo ese signo en otras manos²¹
Bruto con Casio en los infiernos ladra:
gimen el modenés, los perugianos²²,

y la que huyó asustada con su escuadra
llora también, y de desdicha ejemplo,
con áspides el pecho se taladra²³.

Luego cabe el mar Rojo le contemplo;
y al mundo tanta paz después promete,
que sus puertas cerró de Jano el templo.

Mas toda ilustre hazaña que acomete,
y ora cuento, y las que hace en lo futuro
en las tierras del mundo, que somete,

todo aparecerá poco y oscuro,
si del tercero César²⁴ se la mira
en la diestra, con pío afecto y puro;

que la vivaz justicia que me inspira,
le concedió, por ese tremolado,
la gloria de vengar de Dios la ira.

Y aquí te admire más lo que te añado:
con Tito va después á hacer venganza
de la venganza del primer pecado²⁵.

Y cuando el diente longobardo alcanza
la Santa Iglesia herir, bajo su sombra
vence en su pro la carlovingia lanza²⁶.

Ora puedes juzgar de los que nombra
mi voz arriba, y de su acción malina,
causa de vuestro mal, que al mundo asombra.

Éste las lises de oro²⁷ á la latina
enseña o pone; aquél se apropia de ella,
y no sabes qué grey es más dañina.

¿Por qué bajo otro signo no descuella
el Gibelín? Mal sigue aquel del cielo
quien dél aparta la justicia bella.

No con su güelfa grey le abata al suelo
este otro Carlo²⁸: hay garra, bien lo sabes,
que á más bravo león le arranque el pelo.

¡Cuántas veces los hijos culpas graves
lloraron de su padre; y no se crea
que cambie Dios los lirios por sus llaves!

En este breve globo²⁹ se recrea
todo espíritu bueno que en el mundo
por honra y fama con ardor pelea.

Y el que de sobra puso amor profundo
en aquel fin, de amor que más halaga
despide rayo aquí menos jocundo.

Mas en medir el mérito y la paga
en parte está y en ver nuestra leticia,
que ni menos ni más se satisfaga;

con lo que endulza la eternal justicia
tanto el afecto en nos, que ya emociones
no nos agitan nunca de nequicia.

Cual forman voces varias dulces sonos,
así en sus grados nuestra beata gente
llena de melodía estas mansiones.

Dentro de la en que estás, perla fulgente,
luce su luz Romeo, de quien bella
fué, mas no agradecida, la obra ingente³⁰.

Si bien no el provenzal que le atropella
riendo de ello está; que no há fortuna
quien del bien hecho á otro se querella.

Cuatro hijas tuvo (y reina es cada una)
Raimundo Berenguer, y débelo eso
á Romeo, extranjero, hombre sin cuna.

Después movióle un vil consejo avieso
á demandarle cuentas á ese justo,
que por diez, siete y cinco echó en el peso.

Y luego pobre se ausentó y vetusto;
y si supiera el mundo el alma que era
ese mendigo de miseria onusto,
si hoy le alaba, á los cielos le subiera.—

CANTO VII

Por algunas palabras de Justiniano nacen nuevas dudas en el ánimo del Poeta de cómo fué justa la crucifixión del Señor, y justo también el castigo que impuso Dios por ella á los judíos crucificadores; y de por qué escogió ese modo extraordinario de redención de la especie humana. Beatriz le convence de la justicia de una y otra cosa, y le demuestra al mismo tiempo la razón de la inmortalidad del alma humana y de la resurrección final.

—*Hosanna sanctus Deus Sabaoth
superillustrans claritate tua,
felices ignes horum malahot.*—

En dulce canto así la voz gradúa,
volviéndose á su coro esa substancia
que en doble luz su gloria perpetúa¹.

Y ella y las otras vuelven á su andancia
y más veloces que de chispa el hilo,
las apagó á mis ojos la distancia.

Yo dudaba y decía entre mí:—Dilo,
dilo, anda, dilo á aquella que bendita
mi sed apaga con su dulce estilo.—

Mas el hondo respeto que me agita
todo al oír sonar el *Be* y el *ice*²,
me hizo encorvar cual hombre que dormita.

Poco tiempo me tuvo así Beatrice;
y empezó destellándome tal riso,
que entre llamas hiciérame felice:

—Según me anuncia mi infalible aviso,
cómo justa venganza justamente
fué castigada, tiénete indeciso.

Mas yo te alumbraré presto la mente;
y escucha tú, que mi palabra mole
va á hacerte de doctrina alto presente.

Porque refreno á su querer no dióle
para su bien, el hombre no nacido³,
dañándose, dañó toda su prole.

Así por largos años sumergido
en el error el hombre ha vegetado,
hasta que el Verbo Dios fué descendido;

y al acto sólo de su amor sagrado,
la natura divina unió á la humana,
que de su autor se había ya alejado⁴.

Ora pon mente en lo que el labio explana.
Esa natura, á su hacedor unida,
era, cual fué criada, pura y sana.

Mas fué luego con llanto despedida
del Paraíso, porque erró la senda,
por culpa suya, de verdad y vida.

Por tanto, de la Cruz la viva ofrenda,
si por lo que era humano se mesura,
fué de justo castigo justa prenda.

Mas fué asimismo la impiedad más dura,
mirando qué persona bajo el velo
allí se ofrece de mortal natura.

Así en un hecho dos contempla el suelo;
que al judío y á Dios tal muerte agrada:
tembló por ella el mundo, y se abrió el cielo.

No te debe ya, pues, asombrar nada
que se diga, que fué venganza justa
por justo tribunal después vengada.

Mas ora veo que tu mente ajusta
nudo estrecho, y mil dudas acarrea,
que ansías borre la verdad augusta.

Tú dices: *lo que oí cabe en mi idea:
mas por qué quiso Dios aun me es oculto
de ese modo salvar la estirpe rea.*

Este decreto, hermano, está sepulto
á todo aquel que de razón el signo
en el fuego de amor no tenga adulto.

Y como en este punto que consigno
mucho se mire, y poco se discierna,
diré por qué ese modo fué el más digno.

La divina bondad que de sí externa
toda envidia, en sí ardiendo, tal centila,
que esparce viva la belleza eterna.

Lo que inmediatamente ella destila
luego no há fin, porque mantiene quieto
cuando sella, el grabado que perfila.

Lo que es de ella inmediatamente efeto
libre es del todo, porque nunca yace
de cosas nuevas á la acción sujeto.

Lo que más se le iguala, más le place:
que el santo ardor que enciéndese doquiera,
en lo que más le imita, es más vivace.

De todos esos dones altanera
va la criatura humana, y desmerece,
si alguno pierde, su nobleza entera.

El pecado es no más quien la envilece,
y la hace desemeje al Sér bendito,
cuando poco en su lumbre se esclarece.

Ni ya recobra su esplendor marchito,
si contra el mal placer pena ajustada
no colma el hueco que dejó el delito.

Cuando en su autor la prole desdichada
toda pecó, de aquellos altos dones
fué, cual del Paraíso, despojada,

sin poder rescatarlos, si dispones
la mente á discernir con sutileza,
sino por una al fin de estas razones:

ó que Dios nada más por su largueza
perdonara, ó que el hombre por sí mismo
diera satisfacción de su flaqueza.

Ora atento á escuchar mi silogismo,
cuanto puedas sumerge la mirada
de la ciencia eternal en el abismo.

El hombre en su natura limitada,
á pagar no bastaba, no pudiendo
bajar, en su obediencia más postrada,

cuanto quiso subir no obedeciendo;
y ve aquí la razón por qué insolvente
quedó al rescate de su error tremendo.

Y por sus propias vías⁵ conveniente
fué á Dios tornarle á su completa vida,
de una usando, ó de entrambas juntamente.

Mas por cuanto la obra es más subida,
cuanto más la bondad del alma exprime
del autor de quien ella fué nacida,

la bondad santa que en el mundo imprime,
con divo gozo de su gracia entera,
por cuantas son las vías os redime.

Y entre la última noche y luz primera⁶,
nunca por un camino ú otro ha sido
ni será acción tan grande y valedera;

que largueza mayor Dios ha tenido,
por la salud del hombre Él mismo en darse,
que en haberle de lo alto redimido.

Ni otro medio bastaba á equilibrarse
con lo justo, si el hijo del Eterno
no humillado se hubiera hasta encarnarse.

Ora á robustecer tu juicio tierno
razones dichas ya de nuevo toco,
porque disciernas tú cual yo discierno.

Veo, dices, el aire, el ígneo foco,
la tierra, el agua y todas sus mixturas
caer en corrupción, y durar poco;

y estas cosas de Dios fueron hechuras;
con que si lo que he dicho es verdadero,
debieran de tal daño estar seguras.

Los ángeles ¡oh hermano! y el ligero
reino en que estás, llamarse bien creados
pueden, en cuanto sér gozan entero:

mas esos elementos ya nombrados,
y las cosas también que de ellos vienen,
de creada virtud son *informados*¹.

Creada la materia que contienen
fué, cual la *informadora*² ley de tantas
estrellas como en torno de sí tienen.

El alma de los brutos y las plantas
substancia elemental saca y procrea
del curso y luz de las lumbreras santas.

Mas por sí misma nuestra vida crea
la bondad suma, y de ella la enamora
tal, que luego por siempre la desea.

Ya puedes la razón sacar ahora
de la resurrección vuestra ordenada³,
pensando cuál la carne pecadora
en los primeros padres fué formada.—

CANTO VIII

Sube el Poeta á la estrella Venus, que embellece el cielo tercero, y ve la gloria de los que consiguieron dominar la pasión del amor á que fueron inclinados. Se le manifiesta Carlos Martel, que, pintándole la índole perversa de su hermano Roberto, se extiende, á petición de DANTE, en consideraciones sobre las causas que ocasionan el degenerar tan á menudo los hijos de las virtudes de los padres, y sobre lo próspera que es la naturaleza en el orden de todos sus actos, y cuán necios los hombres que no siguen sus indicaciones.

Pensaba el mundo en su fallir primero¹,
que el loco amor de Venus descendía,
que en el cielo de luz gira tercero;

por lo que, no tan sólo ofrenda pía
á sus aras y cánticos dispone
la antigua gente que en error vivía,

mas aun honra á Cupido y á Dione²:
ésta por madre suya, aquél por hijo;
y en las faldas á Dido se le pone³.

Y de esa que ya arriba el verso dijo,
y nombre daban á la dulce estrella
que ante ó detrás del sol es astro fijo⁴.

No me di yo razón que entraba en ella:
mas de estar dentro me la dió sin falta
mi diva, á quien tornarse vi más bella.

Y como chispa en llama ves que salta,
y como en concertado són disciernas
la voz que es fija entre la baja y alta;

vi en esa luz girar otras lucernas,
con más ó menos raudos movimientos,
según que sus visiones son eternas.

No bajaron de nube fría vientos,
ó visibles ó no⁶, tan presurosos,
que no le parecieran harto lentos

al que viera los entes luminosos
á nosotros venir, dejando el giro⁶
que en serafines comenzó gloriosos;

y entre los que llegar delante miro,
un *Hosanna* sonó tan dulcemente,
que de entonces á escucharle siempre aspiró.

Y uno después más cerca vino enfrente,
y empezó solo:—Á complacerte asiste
toda, y á darte gozo, nuestra gente:

con los celestes príncipes existe
aquí en un cerco; y con el mismo anhelo⁷,
somos de los que abajo ya dijiste:

*Los que moréis, sabiendo, el tercer cielo*⁸;
y es tanto nuestro amor por complacerte,
que no será el pararnos desconsuelo.—

Luego que á mi señora en blanda suerte
reverentes mis ojos consultaron,
y ella de estar contenta les advierte,

á la luz promisorá se tornaron
que antes habló, y *¿quién eres?* la voz mía
dijo, en ecos que afables resonaron.

¡Oh cuánto, á estas palabras, vi que ardía
en más fulgor, cuando el placer unido
fué de lo que yo dije á su alegría!

Y así brillando habló:—Poco he vivido
allá en el mundo: aunque menor trastorno,
si más viviera, hubiérale afligido⁹.

Mi alegría, que luce de mí en torno,
á ti me esconde y vela, cual gusano
de su seda enfajado en el contorno.

Asaz me amaste¹⁰; y con motivo, hermano;
que si viviera más, vieras cuál daba
mi amor á ti más que hojarasco vano.

Aquella izquierda orilla que el Rin lava,
después que blando el Sorgia en él se pierde¹¹,
por su señor futuro me aguardaba,

y aquel cuerno de Ausonia que el pie muerde
de Gaëta, y do están Bari y Crotona,
y do al mar desembocan Tronto y Verde.

Ya en mi frente brillaba la corona
del suelo que Danubio fertiliza¹³,
después que á los tudescos abandona;

y la bella Tinacria, que enceniza¹⁴
á Paquino y Peloro, sobre el golfo
donde el Euro más crudo se encarniza,

Tifeo¹⁵ no, si no el bullir del golfo,
también sus reyes recibido hubiera
natos, por mí, de Carlos y Rodolfo¹⁶,

si mala señoría que exaspera
siempre al opreso pueblo, no moviese
á gritar en Palermo: ¡*Muera, muera!*¹⁷

Que si aquello mi hermano preveyese,
favor no diera á catalana gente
avara y pobre que en su daño fuese.

Que en verdad atender es conveniente,
que, ya por sí ó por otros, á la barca
ya cargada, más carga no se aumente

de tronco generoso prole parca¹⁸,
érale necesario una milicia
no apegada al furor de henchir el arca.—

Yo exclamé:—Más se aumenta mi leticia
de oírte, señor mío, porque creo
que en donde todo bien muere y se inicia,

es do nacer la ves cual yo la veo;
y hasta el valor de tu decir se alarga,
porque de Dios lo bebe tu deseo.

Cual me diste placer, ora descarga
de esta duda que alzaste en mí, la mente:
¿cómo da dulce planta fruta amarga?—

Y él respondiome:—Si verdad patente
llego á mostrarte, el caso que propones,
cual ora de través, verás de frente.

El bien¹⁹ que alegra y mueve estas mansiones
en que vuelas feliz, de providencia
les da las veces, la virtud, los dones.

Y no sólo la suma inteligencia
completa en sí previó toda natura,
mas las leyes también de su existencia.

Pues lo que lanza cuerda tan segura,
va á dar do fijan órdenes pristinas,
cual flecha va á su punto en derechura.

Si así no fuese, el cielo en que caminas
causara de tal suerte sus efectos,
que no serían arte, sino ruinas.

Y eso ser no podría, sus defectos
no teniendo los que estos astros mueven,
y el primo Sér que los formó imperfectos.

¿Mis razones más luz quieres que lleven?—
—No (dije), que imposible es que natura
falte en las cosas que cumplirse deben.—

Y él:—Di, ¿no fuera condición más dura
vivir el hombre en insociable estado?—
—Sí (dije), y eso mi razón no apura.—

—¿Y viviera civil no dedicado
á diversos oficios variamente?
No, si bien el maestro os ha enseñado.—

Y hasta aquí en deducciones de su mente
vino; y luego acabó:—Con que diversa
raíz conviene á efecto diferente.

1020115784

Que uno nace Solón, ó Jerjes persa²⁰,
y otro Melquisedec, y otro el que pasa
volando el agua, al hijo tan adversa.

La sideral natura que en la masa
mortal sella, responde bien á su arte:
mas no elige entre aquella ni esta casa.

Por eso ocurre que Esaú se aparte
del genio de Jacob, y que á Quirino,
de padre vil, se diga hijo de Marte.

La engendrada natura en el camino
siguiera igual del genitor primero,
si no mediara proceder divino.

Ya al frente ves lo que antes postrimero:
mas como en muestra de afición segura,
de un corolario abroquelarte quiero.

Siempre, si á la fortuna la natura
halla adversa, cual toda otra simiente,
fuera del clima propio, no madura.

Y si el mundo pusiera allá la mente
en la virtud, á que natura inclina,
con secundarla, hubiera insigne gente.

Mas vosotros en celda hundís mezquina
al que nació para esgrimir la espada,
y hacéis monarca al que al sermón se inclina
y vuestra marcha así va descarriada.—

CANTO IX

Desaparece Carlos Martel. DANTE encuentra en este planeta á Cunicia, hermana de Ezelino de Romano, que le predice las calamidades que va á sufrir la Marca de Treviso. El Poeta se entretiene después hablando con Fulqueto de Marsella.

Mis dudas aclaró, bella Clemencia¹,
tu Carlos, y narróme las falsías
de que blanco iba á ser su descendencia.

Mas dijo:—Calla y deja andar los días.—
Conque sólo diré: que á justo llanto
vuestras desgracias moverán impías.

Ya de aquella lumbrera el móvil santo
vuelto se había al sol, y dél colmada
fué cual de Bien que para todo es tanto².

¡Ay, ánima sin fe, turba engañada,
que apartáis de ese Bien vuestros amores,
y en lo vano fijáis vuestra mirada!

Mas ve aquí que otro de esos resplandores
á mí vino, su anhelo por servirme
mostrando en sus relumbres exteriores.

La vista de Beatriz, que estaba firme
cual antes sobre mí, su caro asenso
á mi deseo pareció decirme.

—¡Ay! concede á mi afán pronto compenso,
beato espíritu (dije), y dame prueba
de que en ti se refleja lo que pienso.—

Con esto, aquella luz que aun me era nueva,
desde el fondo en que dulce antes cantaba
siguió, como el que un bien á alguno lleva:

—De la itálica extensa tierra prava,
en la parte que yace entre Rialto,
y del Brenta las fuentes y del Plava,

un collado se eleva, y no muy alto,
de donde bajó un día una centella³
que á la comarca dió tremendo asalto.

De la misma raíz somos yo y ella⁴:
allá Cunicia fuí, y aquí refulgo,
porque el fuego vencióme de esta estrella.

Mas ledamente en mi interior espulgo
la causa de mi suerte, y no me agita
que mucho le parezca á vuestro vulgo⁵.

Ésta más cerca á mí, joya bendita⁶
de mi cielo, dejó gran nombramiento;
y antes que su virtud muera inaudita,

lucirá este año cinco veces ciento.
Ve si hacerse el mortal debe eminente
porque á la humana vida otra dé aumento⁷.

No piensa así la multitud presente
que el Tallamento, el Ádige⁸ rodea;
que ni por ser fustada se arrepiente:

mas pronto el Paduo en la marina fea,
roja hará el agua que Vicencia afronta,
por ser dura al deber su gente rea⁹;

y do el Cañán con Silo se remonta,
uno hoy rige, y la frente alza muy alta,
á quien red que le agarre ya se apronta¹⁰.

Y llorará también la horrenda falta
Fieltro de su pastor, tan ímpia y fiera,
que no por otra igual entróse en Malta¹¹.

¡Ancho el tonel sería en que cupiera
la sangre ferrarense, y bien cansado
pesarla onza por onza, y largo fuera,

que verterá ese padre bien criado
por ser grato á su bando!; y tales dones
allí son el vivir común y usado.

En lo alto espejos hay, que tus varones
llaman Tronos¹², do ve Dios justiciero:
no pongáis, pues, en duda mis razones.—

Esto dijo, y no más; y pensar quiero
que accionó como que á otros se volvía,
y al coro entró do hallábase primero.

Y la otra que antes vi luz de alegría,
cual precioso rubí que al sol pusiste,
radió en fulgores á la vista mía¹³.

Como de risa aquí, de luz se viste
el alegrarse allí: mas allá abajo
crece el gregor según la mente es triste¹⁴.

—Dios lo ve todo, dije; y pues ya atrajo,
divo espirtu, á internar en él, tu celo,
su voluntad aciertas sin trabajo,

Así tus ecos, de que goza el cielo
entre el cantar de aquellos fuegos píos
que se hacen de seis alas manto y velo¹⁵,

¿por qué á mi ruego muéstranse tardíos?
Tus afectos moviera mi demanda,
si por mí fueran, cual por ti los míos.—

—La planicie que el agua más agranda¹⁶
(entonces empezó) sin el que riega
extenso mar la tierra y la enguirlanda,

entre discordes pueblos se despliega
tanto á espaldas del sol, que meridiano
de lo que era horizonte á formar llega¹⁷.

De ese gran valle yo fuí litorano,
entre Ebro y Magra, que en su corta vía
al genovés separa del toscano¹⁸.

Al mismo ocaso y orto está Bujía¹⁹
casi que la ciudad en que he nacido,
cuya sangre entibió su puerto un día²⁰.

Los de quien fué mi nombre conocido
me apellidaron Fulco, y de este cielo
que hoy se imprime de mí, fuí yo imprimido.

Que no ardió más de amor la hija de Belo
en mengua de Siqueo y de Creüsa,
que yo mientras sin canas tuve el pelo²¹.

Ni más sintió la rodopea ilusa
que burló á Demofonte, ni el de Alcmena,
á quien de hilar por Yole se le acusa;

y no aquí el alma se arrepiente y pena:
mas goza, y no en la culpa ya olvidada,
sino en quien todo lo prevé y ordena.

Aquí se admira el arte con que ornada
obra tan grande está, y el bien que viene²²
de que influya en la baja esta morada.

Mas porque el ansia del saber se llene
que llegaste á acopiar en esta esfera,
más allá proseguir aún me conviene.

Saber quieres quién mora esa lumbrera
que, cual linfa del sol al vivo encuentro,
con tanto resplandor brilla á mi vera.

Sabe que en paz tranquila yace dentro
Raab²³, que, á nuestro coro aquí conjunta,
el más alto lugar tiene en su centro.

A este globo, en que da la extrema punta
de la sombra del vuestro²⁴, antes que otra alma
fué, cuando el triunfo de Jesús, asunta.

Que era bien la dejara como palma
en algún cielo, de la gran victoria
con que al mundo, en la cruz, volvió la calma.

Porque ella de Josué la primer gloria
favoreció sobre la tierra santa
que no vive del Papa en la memoria.

La ciudad tuya, aborto de la planta
del primero que á Dios movió á rigores²⁵,
y cuya envidia dió cosecha tanta,

hace y derrama las malditas²⁶ flores
que á las ovejas á extraviarse incitan,
porque en lobos han vuelto á los pastores.

Por ella en Santos Padres no meditan,
ni Evangelios, y sólo en Decretales²⁷,
cual sus bordes sobados acreditan.

En eso piensan Papa y cardenales:
no en Nazaret, donde anunció el misterio
de María Gabriel á los umbrales.

Mas bien pronto será que el adulterio
infame al Vaticano ya no infeste,
ni á los sitios sagrados, cementerio
de la que fué de Pedro insigne hueste²⁸.—

CANTO X

Descríbese el orden con que Dios creó el universo. El Poeta y Beatriz suben el cuarto círculo, que es el del sol, y en él encuentran las almas de los Doctores de la Ciencia divina. Doce espíritus más brillantes que el planeta vienen á formar en torno de él una corona, y uno de ellos, que se manifiesta ser santo Tomás de Aquino, descubre el nombre de los otros once.

Al hijo contemplando, con la esencia
de ese amor que á uno y otro eterno inspira
la primera inefable providencia,

creó con tan gran arte cuanto gira
en torno de la vista ó de la mente,
que nadie, sin gozarse en él, lo mira.

Connmigo, pues, lector, alza la frente
recto á las altas ruedas, y á la parte
donde entra un giro en otro divergente.

Y allí te halaga en admirar el arte
de aquel artista que en su adentro le ama
tanto que dél la vista no departe.

Y mira desde allí cuál se derrama
el cerco oblicuo que planetas guía¹,
á dar servicio al mundo que los llama.

Que si no fuese así curva su vía,
mucho influjo del cielo fuera en vano,
y casi todo abajo moriría³;

y si fuera su curso ó más lejano,
ó más junto á su recta, sentimiento
hicieran alto y bajo orden mundano.

Y aquí sigue, lector, desde tu asiento
lo que prelibo, y tu memoria evoca,
si antes quieres que canso, estar contento.

Te puse ya el manjar: dalo á la boca;
que entera mi atención sólo se cura
del arduo asunto que historiar me toca.

El ministro mayor de la natura,
que en el mundo el celeste influjo aviva,
y el tiempo con su luz fija y mensura,

conjunto al cerco que se dijo arriba³,
por las espiras do más pronto tiene
cada vez su salida, fácil iba.

Y en él me hallaba yo, sin que me llene
de mi ascenso el recuerdo, más que pide
á un primer pensamiento el que en pos viene.

Y esa Beatriz, que mi subir preside
desde bueno á mejor, tan raudamente
que su rápida acción tiempo no mide,

¡cuánto aquí debió estar de sí luciente!
Lo que el sol en que entré ya me revela,
y la luz, no el color, me hace patente,

por arte á que acudiera, ingenio, escuela,
á hacerlo comprender jamás llegara:
pero créelo, lector, y el verlo anhela.

Y á fe no es mucho que á altitud tan rara
se humille toda humana fantasía,
que ¿quién vió luz que á la del sol ganara?

También del alto padre allí lucía
la cuarta grey⁴ saciada eternamente
con verle cómo inspira y cómo cría⁵.

Y Beatriz empezó:—Gracias ferviente
da al sol de los Querubas, que te ha puesto
sensible en éste, por favor clemente.—

Nunca pecho mortal fué tan dispuesto
á alzarse á Dios, de devoción movido,
ni tanta gratitud sintió tan presto,

cual hube á esas palabras yo sentido;
y así mi amor en él puse tan firme,
que se eclipsó Beatriz en el olvido.

Y no la desplació; que á sonreirme
tan viva fué, que las unidas mientes
logró á diversas cosas dividirme.

Yo más que el sol lumbreras vi esplendentes
formar centro de nos, de ellas corona;
y cantar, aun más dulces que fulgentes.

Así ceñirse á la hija de Latona
vemos cuando es el aire tan preñado,
que dibuja en vapor de iris la zona.

En la corte eternal de que he tornado
hay tan preciadas joyas, y tan bellas,
que sacarlas del reino está vedado;

y el canto de esos soles es de aquellas:
quien para allá volver no se arme de alas,
de un mudo aguarde la noticia de ellas.—

Cuando cantando así del sol las galas,
tres veces en redor de nos corrieron,
cual planetas girando en sus escalas,

damas que en baile están me parecieron
los compases atentas esperando
que para entrar de nuevo aun no les dieron;

y de uno en lo interior escuché:—Cuando
el rayo de la gracia do se enciende
amor veraz que luego crece amando,

multiplicado en ti tan vivo esplende
que te conduce arriba de la loma
do siempre vuelve el que de allí descende⁷;

quien negara á tu sed de su redoma
el vino, menos libre se creería
que el agua que camino al mar no toma.

Saber quieres qué planta es la que cría
cada flor que guirnalda en torno teje
á la bella mujer que á Dios te guía:

yo fui cordero de la santa greje
que conduce Domingo, por camino
do engordã bien quien vanidades deje:

el que se halla á mi diestra más vecino,
fué hermano mío y mi maestro: Alberto
es de Colonia⁸, y yo Tomás de Aquino;

y si estar quieres de los otros cierto,
según hablando voy, con la mirada
sigue el bendito anillo arriba abierto.

Aquel otro fulgor lo esparce el riso
de Graciano⁹, que en uno y otro foro
sublime fué, ganando el Paraíso.

El que adorna en seguida nuestro coro,
el Pedro fué que, cual la viuda, invierte
breve en la Santa Iglesia su tesoro¹⁰.

La quinta luz, que es entre nos más fuerte,
sale de tanto amor, que todo el mundo
ansioso está de conocer su suerte¹¹.

Dentro la mente está que tan profundo
saber gozó, que si lo cierto es cierto,
que penetre cual él *no habrá segundo*.

La que está al lado, que es la luz te advierto
del que, en vida, en angélica natura
más y su ministerio ha descubierto¹².

Ríe en la otra pequeña lumbre pura
de los cristianos tiempos el atleta¹³
de quien sirvió á Agustino la lectura.

Ora, si á mis elogios va sujeta
tu atención de una en otra lumbre hermosa,
de conocer la octava el ansia aquieta.

Por ver al Sumo Bien dentro es dichosa
el alma que del mundo lo falace
muestra al que sigue su lección piadosa¹⁴.

El cuerpo de que fué lanzada, yace
abajo en Cielodauro: ella ha subido
del destierro y martirio á tanta pace.

Mira allá arder el hálito encendido
de Isidoro; y á Beda, y á Ricardo¹⁵,
que en su considerar más que hombre ha sido

Ese, del cual tu preguntar no aguardo,
del mundo al meditar las vanidades,
fué espirtu que el morir se halló muy tardo.

De Sigerio esas son las claridades¹⁶,
que en la calle de Fajos enseñando,
con propio mal silogismó verdades.—

Luego, como reló que está llamando
en hora que de Dios sale la esposa
á dar la matinada al que está amando,

que una parte á la otra da y acosa,
tin tin sonando, en són tan deleitable,
que el bien dispuesto pecho amor rebosa,

así yo vi la rueda venerable
moverse, y voz á voz con melodía
responder, que escucharla sólo es dable
donde se goza eterna la alegría.

CANTO XI

Santo Tomás cuenta á DANTE la vida de san Francisco de Asís, después de desvanecerle algunas dudas que suscitó en su ánimo el anterior razonamiento, y de ensalzarle también á santo Domingo, al cual y á san Francisco considera como las dos columnas que dió el Señor á su Iglesia periculante.

¡Oh insensato afanar de los mortales,
cuánto débiles son los silogismos
que hacen batir tus alas terrenales!

A uno tira el derecho: otro aforismos
repara, y éste sigue el sacerdocio;
é impera aquél con fuerza ó embolismos.

Y quién al robo, ó á civil negocio,
quién, del deleite de la carne asido,
se entrega á la fatiga, ó se da al ocio.

Yo en tanto de todo eso desprendido,
con Beatriz me gozaba placentero
en el cielo que blando me ha acogido.

Cuando ya cada cual volvió al primero
punto del cerco en que antes residía,
se acomodó cual vela en candelero.

Y oí que dentro de su luz decía
el sol que antes me habló, mientras riendo,
aun más resplandeciente se volvía¹:

—Así cual yo de su esplendor me enciendo,
así lo que tú piensas, en la eterna
luz contemplando, su ocasión comprendo.

Tú dudas, y pretendes que yo cierna
mis palabras, y en claro idioma fije,
porque tu humano alcance lo discierna,

aquel *do engorda bien* que arriba dije,
y aquella otra expresión: *no habrá segundo*²;
y eso á explicar mi acento se dirige.

La providencia que gobierna el mundo
con juicio tal, que humana vista pasa
vencida, antes que toque á lo profundo;

porque siempre á su amante caminara
la esposa del que en grito de agonía
con su sangre de amor la desposara:

porque aun más se acreciera su fe pía,
de dos caudillos³ la dotó clemente,
que fueran por doquier su escolta y guía.

De seráfico ardor fué el uno ardiente:
el otro fué en el mundo, por su ciencia,
de querúbica luz faro esplendente.

De uno diré, pues de ambos la excelencia
en la alabanza de uno se comprende,
que un fin mismo en sus obras se evidencia

Entre el Tupín y el agua que descende
del sitio electo por el beato Ubaldo⁴,
fértil cuesta del alto monte pende

que, por puerta del sol, frío y rescaldo
manda á Perusa, á cuya espalda vive,
en triste yugo, el de Nocera y Gualdo.

Allí, donde más suave es el declive,
al mundo vino un sol, cual éste ardiente
sobre el Ganges á veces se percibe⁵.

Quien decir de ese pueblo el nombre intente,
no diga sólo Asís, que dice corto;
si quiere bien nombrarle, diga *Oriente*.

Brillaba apenas de su infancia el orto,
y á sentir empezaba ya la tierra
en sus grandes virtudes un conforto

que jovencillo aun dió al padre guerra
por mujer á la cual, como á la muerte,
siempre la puerta del placer se cierra⁶.

Et coram patre á ella fué de suerte
y ante su corte espiritual⁷ unido,
que su amor cada vez se hizo más fuerte.

Ella privada del primer marido⁸,
hasta hallar éste, desdeñada, obscura,
mil cien años y más triste ha vivido.

Y en vano fué que la encontró segura
con Amílcar⁹ la voz que poderosa
llenó la tierra toda de pavura: